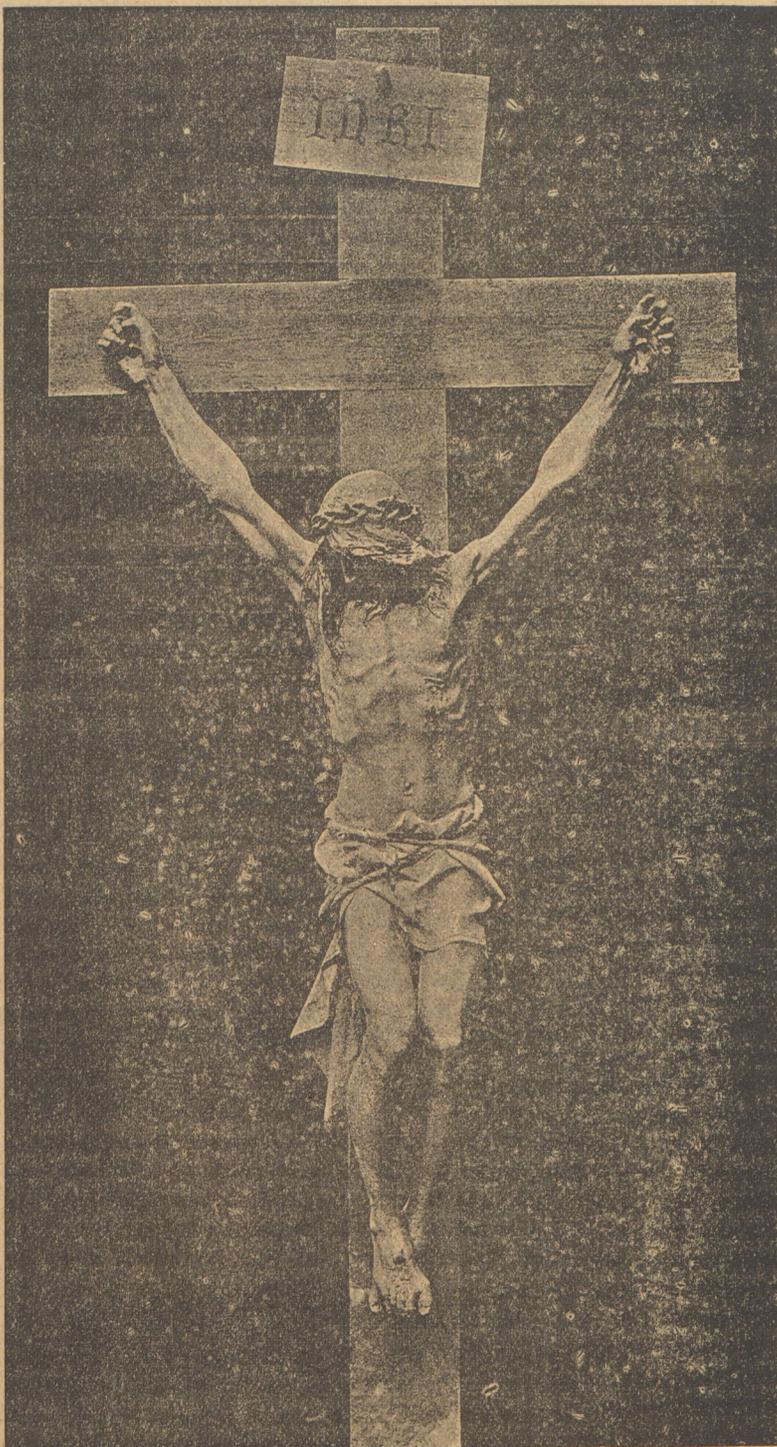


El Correo de Andalucía

13 DE ABRIL DE 1900

VIERNES SANTO

AÑO II. NÚM. 36



LA REDENCION

Oh vosotros, los que necesitáis alimentar vuestras grandes almas con el fruto santo de la verdad, y que sentís una sed abrasadora de virtud y de amor, que ansiáis ser agitados por emociones fuertes que sacudan vuestra vida y os arranquen del funesto letargo en que estáis sumidos, venid: en la cumbre del Gólgota ha crecido un árbol frondoso, de cuyas ramas pende el sabroso fruto que apetecéis. El es la verdad, y no hay verdad fuera de él: él es la ciencia, y no hay ciencia contra él: él es la sabiduría y contra la sabiduría sólo puede darse torpe ignorancia. Tomad, comed; él es la verdad. Venid: este árbol destila un líquido maravilloso, que encierra el secreto del amor y la virtud, que lleva al corazón del que lo bebe la vida racional, que cicatriza todas las llagas, que robustece todos los miembros, que lava las feas manchas del vicio: él es la vida, la virtud, el amor: fuera de él la vida es muerte, la virtud pecado, el amor egoísmo. Tomad, bebed: aquí está el amor, la virtud, la vida. Venid: del árbol del Calvario salen corrientes eléctricas que conmoverán nuestro sér: las palpitaciones últimas de un Dios moribundo, las postreras palabras de perdón y misericordia que se escapan de sus labios, la sangre con que se empapa el árbol y el suelo, el espectáculo de sus acerbos dolores, las miradas llenas de un amor tierno que parecen decir con tono lastimero: ¿por qué no os compadeceis de mí, á lo menos vosotros, por quienes muero?... todo este maravilloso conjunto agita nuestra alma, produce saludables convulsiones, arranca lágrimas ardientes á los ojos y suspiros dolorosos al corazón, hasta que... corremos á abrazarnos con la cruz, exclamando enagenados de amor: Te conozco, tuyo soy... porque eres mi Dios que mueres para salvar al pueblo.

* *

Dios nos crió, y nosotros moralmente nos destruimos. Perdimos la libertad de los hijos de Dios, el derecho á la herencia del paraíso, el imperio sobre las pasiones y la naturaleza, algo de la luz de la razón, mucho de la rectitud de nuestra voluntad, casi todos los bienes físicos de que el Criador había rodeado nuestra existencia. Sonó un día una palabra en el mundo y el mundo se pasmó, y rugió el infierno, y temblaron de gozo, de alegría los hombres que la oyeron y la entendieron. «¡Redención!» Y la Redención nos devolvió la libertad querida, y el derecho á la herencia de la gloria, y la amistad con el Omnipotente, y el imperio sobre las pasiones: trajo grandes conocimientos para la razón, y grandes refuerzos á la voluntad enferma, y una resignación y una esperanza que siembran de flores el camino de la vida. La Redención costó la vida á Jesucristo, Hombre-Dios; pero su muerte fué fecunda en toda clase de bienes: su muerte fué la salvación de la descendencia de Adán.

* *

Libertad, ciencia, progreso... ¡palabras bellas, lindos nombres, que fascinan al hombre caído, porque le anuncian una completa rehabilitación. ¡Libertad! ¿Pero quién osa hablar de libertad después de la que nos dió á todos desde el árbol de la cruz el Salvador? ¿Hay otra liber-

tad que la de hacer el bien, que la de mejorarnos todos los días, que la de no sujetarnos á nadie, ni á los ángeles, ni á los hombres, sino á Dios y por Dios, que la de sacudir el yugo pesado del vicio y de las pasiones y del genio del mal que nos tiranizaban? ¿Quién osa hablar de libertad para destruir la libertad de Jesucristo? ¿Hay acaso libertad contra libertad?... ¡Ciencia!... ¡Maldita la ciencia que invocó la serpiente hechicera al oído de la primera mujer! ¡Cuántas desgracias nos acarreó aquella palabra funesta, sacrilega profanación del conocimiento de la verdad, hipocresía cruel con que deslumbró al entendimiento siempre ávido del saber!... ¿No es la ciencia del árbol prohibido la que se encomia hoy, con la cual se nos quiere apartar de la verdad que Dios nos enseñó?... ¡Ay del hombre que pretenda marchitar el frondoso árbol de la cruz! Este árbol mató al de la ciencia del paraíso. ¡Ay de aquel que quiera trasplantar y comer los frutos del árbol del paraíso, renunciando á los frutos del saludable árbol del Calvario!... Señor, nada sé, nada quiero saber, fuera de Jesucristo, y á Este crucificado... ¡Progreso!... ¡Bienaventurados los que caminan por la senda del Señor y su justicia! ¡Bienaventurados los que progresan hasta hacerse suyos todos los frutos de la Redención! ¡Bienaventurados los que adelantan hasta convertir su alma en fiel imagen de la de Jesucristo! No hay otro progreso moral que el que nos predica Jesucristo desde la Cruz: no hay otro progreso científico contrario á la doctrina que nos enseñó Jesús: no hay progreso en la verdadera civilización de los pueblos, si no lo basan en la Redención: el primer paso para el progreso del esclavo es romper sus cadenas, y para el ciego ver la luz del día, y para el enfermo sanar, y para la humanidad el hacerse salva mediante la muerte del Salvador del mundo.

* *

Todo lo queremos, todo lo abrazaremos, todo lo defenderemos, con tal que venga teñido con la sangre de la Redención. Todo lo aborrecemos, lo rechazamos, lo impugnamos, siempre que trate de esterilizar la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. ¡La Redención! Esta es la enseña del cristiano; y esta es también la bandera de la ciencia, del progreso, de la virtud, del amor y de la civilización.

UN CATÓLICO ESPAÑOL.

LA SOLEDAD

María, flor de los valles,
La madre de los amores,
La que coronan luceros,
La vestida de esplendores,
En abandono terrible,
Al pie de la Cruz enorme,
Ya ni lágrimas encuentra
Que su pecho desahoguen.
Los ángeles no la asisten,
El día su luz esconde,
Muerta parece la luna,
No tiene estrellas la noche,
No hay compañía que pueda
Calmar sus penas atroces,
Que hasta el cadáver del Hijo
Le arrebataron los hombres.

(Del Cancionero de la Pasión.)



Pinceladas

Nuevo Isaac camina al sacrificio con la pesada carga de la cruz, donde será inmolado.

Faltan fuerzas á sus miembros enflaquecidos y exangües, su espalda se agobia, el sudor baña su faz augusta y siente en todo su ser congojas de muerte.

Golpéanlo sayones, escribas y fariseos lo injurian, y turbas de insensatos lo maldicen.

Un verdugo tira de la cuerda del cuello, otro lo empuja, otro le aprieta la corona de espinas y marcha rodeado de corazones que rebosan odio satánico é ira infernal.

—¡Muera! gritan enfurecidos los sacerdotes.

—¡Muera! claman los ancianos del pueblo.

—¡Muera! ruge la plebe..... Sólo algunas mujeres se compadecen de su tormento, y sólo un



Nuestro Padre Jesús de la Pasión

alma caritativa se atreve á enjugar la sangre y el sudor de su rostro, velado por tristeza infinita.

Ya se divisa el Calvario; allí aguarda el martirio supremo y, en afrentoso suplicio, el desamparo y la muerte; todo lo vé Jesús y continúa marchando sin aliento, sí; pero sostenido por el amor al hombre, por quien va á morir y á quien va á salvar.

Odio, furor y venganza, se lee en los rostros de los hijos de Jerusalén.

Amor, piedad y sacrificio, en el de Jesús.

—¡No haya perdón! ¡muera! gritaron los primeros ante el pretorio de Pilatos.

—Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen, va á decir el segundo en la cruz.

—¡Caiga su sangre sobre nuestras cabezas y las de nuestros hijos! exclama la turba deicida.

—Sí, que caiga toda, que no se desperdicie una sola gota y que sirva para redimir y salvar á todos y á cada uno de los hombres, incluso los que me atormentan, dice el Justo levantando los ojos al cielo.

El sacrificio está aceptado con amor, por eso, en medio de los dolores y las amarguras, de las injurias é impropiedades de los escarnios y las vejaciones, Jesús respira mansedumbre, bondad, humildad y dulzura infinitas y cada vez que levanta los ojos y los fija en sus verdugos, parece que los acaricia, que los bendice y que, sobre todos los tormentos corporales, está el dolor intenso que sufre al ver que no lo aman aquellos, por quienes muere.

Detente, alma, considerando que tienes delante al Padre, al Rey, al Dios y al Verbo del Amor, ámalo como se merece y no lo atormentes, con tu frialdad y desapego, más que lo atormentaron los judíos en la calle de la Amargura.

* * *

—Señora, tu hijo marcha al Calvario...

Esto oyó y cubrióse el rostro bellissimo de mortal palidez, desfalleció su ánima, frío de muerte circuló por sus venas y, si la divina Misericordia no la hubiera sostenido, sucumbe en aquel instante.

Corre desolada y acompañada del discípulo amado... ya llegan á la Vía-dolorosa, ya distinguen las armas de los legionarios, ya oyen las maldiciones y los insultos; Juan, con el cariño de un hijo para con su Madre y el respeto de un vasallo para con su Reina, la guía y le abre paso entre la gente.

Él, no permitiéndole la congoja articular una sola palabra, con los ojos habla á la Virgen y con la mano le señala el camino que sigue Cristo.

Ella, con la vista estraviada, la mano en el corazón, que quiere salirse del pecho, la boca entreabierta dejando escapar la respiración anhelante, y agobiada por la angustia, déjase guiar apurando cuantas amarguras, penas y dolores hayan podido sufrir juntas todas las madres.

Por una parte desea ver al Hijo, por otra teme verlo en tan lastimero estado; la gente se aparta, ya lo distingue, Jesús mira á la Virgen y siente en su alma, juntos de un golpe, los tormentos de la pasión, María todos los dolores de Cristo, y Madre é Hijo desfallecen y caen, Ella



Ntra. Sra. de la Amargura y S. Juan de la Palma

en brazos de algunas mujeres piadosas, y Él sobre los guijarros del camino.

¡Alma, reflexiona y humíllate ante la Madre, la Virgen y la Reina del Dolor!

RAFAEL SÁNCHEZ ARRAIZ.





EL SEÑOR DEL GRAN PODER

EL Cristo del Gran Poder es una de las más sublimes creaciones del genio cristiano; al ejecutar la escultura, el artista ha derramado en ella á torrentes las luces de la inspiración, y su mano vigorosa, con la gubia y el cincel, ha dado á la tosca madera el más alto grado de la expresión estética: se encuentran en ella el realismo de la personalidad y asunto representado, y la suma belleza del grandioso ideal que retrata; teniendo la obra tal sello de espiritualidad, que es imposible pueda llegarse más allá en la expresión de lo que bien pudiéramos denominar misticismo artístico en la esfera de la plástica cristiana.

La veneranda efigie está tallada en madera de ciprés. Sus proporciones son bastante mayores que las del natural, y su posición denota con gran verdad la acción de andar, determinando esta actitud la pierna izquierda, que se dirige hacia adelante; así como la tensión que expresan los músculos de la derecha, colocada hacia atrás, apoyada en la extremidad del pie, dejando al aire por completo el calcañal, indica el esfuerzo que representa caminar soportando el enorme peso de la Cruz: mas aunque la posición en general es algo inclinada hacia adelante, no denota agobiamiento ni debilidad; antes al contrario, la imagen ostenta en esta actitud con propiedad el título con que se la invoca, encontrándose en las proporciones generales de su figura algo atlético, siendo su cuerpo digna base de aquella arrogante y sublime cabeza.

La obra está ejecutada sin afectar la forma de maniquí ó candelero, pues de pies á cabeza es imagen perfecta de la figura humana, modelada en todas sus partes y contornos, no desmereciendo en nada la ejecución artística de la parte de cuerpo que viste la túnica con aquella otra que examinamos al descubrirlo. Con toda verdad puede afirmarse que es admirable contemplándola despojada de sus vestiduras, pues acusa el estudio más hermoso que puede imaginarse del natural; examinando la escultura tal como saliera de manos de su cristiano autor, toda ella confórmase con las proporciones rigurosas que marca el cánón del cuerpo humano anatómicamente considerado, resultando el modelo más acabado de la humana belleza, el prototipo del hombre por su complexión vigorosa y enérgica como cuadraba y debía ser la figura de Nuestro Señor humanamente considerado.

Mas las grandes obras de arte nose describen; es necesario verlas, para sentirlas y juzgarlas: pretencioso y osado sería, por lo tanto, que nos propusiéramos dar idea, no ya exacta y completa, pero ni aproximada, de

lo que es y vale la efigie de Jesús del Gran Poder. En su presencia os sentiréis fuertemente conmovidos, como conmueve siempre todo lo que despierta el pensamiento de lo sublime; delante de la imagen, si sois cristianos, caeréis de hinojos, y vuestros labios exhalarán una oración: que los que no tienen fe y la contemplan también se conmueven profundamente.

Su cabeza recuerda la magestad de la de Moisés bajando del Sinai con las tablas de la Ley en las manos, pues sus líneas y contornos fulgulan luz como la que irradiara la del caudillo hebreo; la cabellera, ejecutada de manera admirable, está colocada con belleza majestática, cayendo sus guedejas de manera tan suave y delicada, que parece han de moverse á impulso del más leve viento; el cuerpo se inclina ligeramente para marchar con la Cruz, mas la cabeza yérguese con valentía, manifestando el poder del Hijo del hombre: está concebida y ejecutada magistralmente, de igual manera como trazara Miguel Angel la de su Moisés; es decir, á grandes rasgos, sin perfilamentos nimios que la debiliten, apareciendo en todos sus detalles la mano vigorosa de un artifice lleno de energía y pujanza.

El rostro bañado de dolor, y sombreado por tinte de profunda amargura, como reconviniendo de ingratitud al hombre, siéntese á veces amenazador, produciendo algo de terror religioso; más detenidamente estudiado, bajo aquella triste veladura descúbrense en conjunto dulcísimas facciones vaciadas en el más acabado, perfecto y hermoso ejemplar de belleza suprasensible. Es tal mezcla de tristeza y de dulzura, de poder y abatimiento, la que muestra su faz, que causa en el ánimo impresión muy profunda. Retrata la belleza esta imagen como la retrata siempre lo épico, pareciendo imposible que el genio del hombre, ayuda-

do de la gubia y el mazo, haya hecho *sentir y llorar* á la madera como siente y llora esta imagen de Jesús; su rostro lleva la idea del sublime, como la reflejan los grandes espectáculos de la Naturaleza, donde se ven unidas la Omnipotencia con la Justicia: se reconoce la mansedumbre del Redentor, pero su mirada tiene algo del rayo, sobrecogiendo al alma; y es tal la majestad que respira, que hasta la corona que ciñe y punza su frente le hermosea y sublima, coronándole como Rey Eterno del dolor. La estatuaria cristiana no pudo dar idea más real y exacta de la vera imagen de Jesucristo. Refiérese de Miguel Angel que, habiendo acabado su colosal estatua de Moisés, asombrado de su obra la golpeó con el martillo, diciéndole: «¡habla!» De igual suerte el artista sevillano, al concluir su incomparable escultura, pudo también decirle: «¡Anda!»

MANUEL SERRANO Y ORTEGA.



Nuestro Padre Jesús del Gran Poder

LAS RELIQUIAS DE LA PASION

Interante la nota de las reliquias relativas á la sagrada Pasión, existentes en diversas iglesias. He aquí el catálogo de las principales.

Parte del lecho sobre el que, según el uso oriental, estuvieron recostados los Apóstoles en la última Cena, se guarda en el *Sancta Sanctorum* de San Juan de Letrán.

La mesa de cedro de la última Cena, en que Jesucristo instituyó el adorable Sacramento de la Eucaristía, en San Juan de Letrán.

El plato de la Cena, en la Catedral de Génova.

El sagrado Cáliz de que se sirvió el divino Salvador para la institución de la Eucaristía, en la Catedral de Valencia. Todos los años es colocado en el monumento.

El lienzo con que enjugó Jesús los pies de los Apóstoles, en San Juan de Letrán.

El lienzo con que Jesucristo limpió sus manos en la última Cena, en San Juan de Letrán.

De las monedas que recibió Judas por la sacrilega venta de su divino Maestro, una se conserva en la Basilica de Santa Cruz de Jerusalén, en Roma, y tres más en la Catedral de Génova.

Puertas de mármol blanco del palacio de Pilato, en Escala Santa.

Columna de la Flagelación, en Santa Práxedes, de Roma; es de mármol negro, vetado de blanco. La Flagelación era un tormento que sólo se aplicaba á personas viles, como á los esclavos. Dicese, y San Agustín lo refiere, que un soldado romano, movido á compasión por la crueldad con que la perfidia judáica descargaba los golpes sobre las espaldas de Jesús, rompió las cuerdas que le tenían sujeto á la columna, para librarle de aquellos hombres, que tenían instinto de fiera. Nicéforo Calixto, que vivió en en SIGLO XIV, dice que en su tiempo ya no estaba en Jerusalén dicha columna, sino que, en 1223, en el pontificado de Honorio III, fué transportada á Roma. Según algunos, esta columna sólo es una parte de aquella á la que fué atado el Salvador, y que, otra parte de ella, se conserva en El Escorial, y otra en Jerusalén, en la iglesia del Santo Sepulcro.

Parte de las cuerdas con que fué atado el Redentor, se conservan en El Escorial y parte en la Catedral de Anagni, en Italia.

Partes de la clámide se veneran en las iglesias de San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y San Francisco, *in Ripa*, de Roma.

Parte del velo con que vendaron los ojos al Salvador cuando fué abofeteado, en San Francisco, *in Ripa*. Otra parte en Aix-la-Chapelle, iglesia de Santa Teresa.

La corona de espinas se halla en París. Se compone de un círculo de pequeños juncos marinos, formando un manojo. Se veneró primeramente en Constantinopla, de donde pasó á Venecia. Baldobino la cedió á San Luís IX, que construyó para ella la Santa Capilla, insigne monumento de la Edad Media.

Parte de la caña con que golpearon los soldados sobre la Corona de espinas, en la Catedral de Florencia.

La lanza que hirió el Costado del Redentor, se venera en la Basílica Vaticana. Fué encontrada por los Cruzados en Antioquía, el año 1098. Cayó luego en las manos de Bayaceto, y éste la cedió, el año 1492, al Pontífice Inocencio VIII, para que diese buen hospedaje á su hermano Zizimo. La punta, sin embargo, está en la Santa Capilla de París, desde el tiempo del Rey Santo.

En el claustro de la Basílica de San Juan de Letrán se conservan las dos columnas que sostenían el velo del templo de Jerusalén, que se rasgó en dos partes al morir nuestro Salvador.

Actualmente, como indica nuestro grabado, la Corona está despojada de todas las espinas, que se han distribuído por la cristiandad. En Roma hay cerca de veinte; en El Escorial se veneran once; Barcelona tiene varias, y en el célebre Monasterio de Monserrat hay dos. Otra se venera en Pisa, en la iglesia de la Spina.

Junto á San Juan de Letrán, en un edificio especial, se venera la Escala Santa, por la que subió Jesús al Pretorio de Pilatos cuando éste le presentó al pueblo y dijo: *Ecce homo*. Tiene 28 gradas, cubiertas de preciosa madera.

Roma guarda el paño con que la Verónica enjugó el rostro de Jesús. Según tradición, tres fueron las imágenes que quedaron impresas en el velo de la Verónica; pero son muchas las que se veneran en la cristiandad. Claro es que no son auténticas, sino que serán facsímiles tocados al original.

En la ciudad de Tréveris se venera la túnica de Jesucristo. Tiene cinco pies de longitud y un poco más de la extremidad de una á otra manga hallándose extendidas. Cada manga tiene pie y medio de larga y uno de ancha. La materia del tejido parece ser lana, aunque no puede afirmarse de un modo absoluto. Está algo deteriorada por uno de sus lados, atribuyéndose al roce que tuvo con la Cruz, y distinguiéndose de una manera confusa algunas gotas de sangre.

El título de la Cruz, consérvase en la Basílica de Santa Cruz de Jerusalén, en Roma. Cuando Santa Elena le descubrió estaba íntegro, más ahora sólo existe un fragmento que tiene siete pulgadas de alto por 13 de ancho. La materia sobre que está escrito, parece ser de madera; las letras son encarnadas y el fondo blanco. La inscripción entera decía en hebreo, griego y latín, lo siguiente: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos.»

De los clavos de la Pasión, uno fué arrojado al mar Adriático para sosegar una tempestad. Algunos historiadores dicen que no llegó á arrojarlo la Emperatriz Elena, sino que no hizo más que presentarlo; si es así, se desconoce su paradero. San Ambrosio dice que otro de los clavos fué transformado, por mandato de la Emperatriz, en freno para el caballo de su hijo. Es un freno idéntico al de los romanos, con las anillas gastadas. Esta santa y particular reliquia, se conservó hasta el SIGLO XIII en Constantinopla, pasando á Caspentrás, donde ahora se venera. El tercer clavo, se colocó en el interior de una diadema que Constantino ostentaba en las fiestas más solemnes. Esta diadema se conservó en Constantinopla hasta mediados del SIGLO VI, en que San Gregorio la regaló, con otras reliquias, al Emperador Tiberio II; después fué cedida á la Reina de los lombardos, Theolinda. Con esta corona, de-

nominada de *hierro*, á pesar de ser de oro y de piedras preciosas, se coronaban antiguamente los Emperadores de Alemania, y según un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, «puede llevarse en procesión y exponerse á la veneración de los fieles.» Su forma es parecida á la votiva de Suintila que se conserva en la Real Armería de Madrid.

En la Basílica de Santa Cruz de Jerusalén, existe un facsímil de uno de los clavos de la Pasión, en el cual se hizo entrar una pequeñísima parte de uno de los verdaderos clavos. Hay como treinta y dos iglesias en las que se venera un clavo entero de la Pasión; pero, como se comprende, son, como el de Roma, facsímiles con partículas más ó menos grandes de uno de los clavos auténticos descubiertos por Santa Elena. A este número pertenece el que se conserva y venera en la Capilla Real de Madrid.

La parte principal de la esponja que, empapada en hiel y vinagre, fué presentada á Jesucristo Crucificado, se venera en la Santa Capilla de París; pero hay partes notables en la Basílica del Escorial, en España, en San Juan de Letrán, en Santa María la Mayor y Santa María de Transtevere, en Roma.

El velo de la Virgen que cubrió la desnudez de nuestro Señor en la Cruz, en San Juan de Letrán. Sangre de nuestro Señor, en Santa Cruz de Jerusalén, San Nicolás in Carare y Santa María in Capitelli.

Las iglesias de San Juan de Letrán y de San Marcos, de Roma, conservan los lienzos que cubrieron al Señor en la Cruz, y un velo empapado en la Sangre y agua que salió del Costado del Redentor.

Dedo que Santo Tomás metió en la llaga del Costado del Señor, en Santa Cruz de Jerusalén.

La santa Cruz, dividida en porciones muy pequeñitas, está repartida por todo el mundo. Las partes más notables se veneran en Roma, en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén y en el Vaticano. La de esta Basílica, guardada dentro de un precioso relicario, fué regalada por Justino II en el SIGLO VI. Otra porción notable hay en la Catedral de Anagni (Estados Pontificios), en la cual se ve aún uno de los agujeros que se hicieron al crucificar á nuestro Redentor.

El sudario con que fué amortajado el Salvador, se halla en la Catedral de Turín, y es una amplia mortaja de lino. En otras iglesias se veneran también reliquias de esta clase, y es debido á que los judíos, siguiendo sus costumbres, envolvieron el Cuerpo del Señor en varios sudarios.

Hay también otras reliquias menos importantes, como son: piedras del Calvario, otra del Huerto de las Olivas y otra del Litóstrotos.

DESDE EL GÓLGOTA



ERTO que es buen punto de vista el Gólgota para abrazar de una ojeada la ancha tierra.

Desde el profundo valle de lágrimas, que habitamos, á poco alcanza nuestra mi rada, nos parecen colosales lo que son aconte-

cimientos imperceptibles, y damos un valor equivocado á los hombres y á las cosas.

Pero subamos á la cumbre del monte de la Redención, miremos con esta elevada intuición con que veía Jesucristo á sus piés á todas las generaciones, y todo se disminuye, y todo se empequeñece, y todo se reduce á nada.

¿Qué son todas estas luchas intestinas de los hombres, estos sucesos que los traen conturbados, estas ambicioncillas que les impulsan á acciones deshonorosas, estas pasiones que los arrastran como arista seca el viento á polos diversos, qué son sino naderías que ocupan un momento en la larga serie de los siglos, que pasan imperceptibles ante la inmensa anchura y extensión de la eternidad, mar sin fondo y sin playas, que todo lo absorbe, región serena donde brilla sin eclipses el sol de la verdad?

¿Qué son todos los afanes de los hombres para adquirir un mendrugo de pan, ó conseguir un mal empleillo, ó conquistar una migaja de poder, visto desde el Calvario á la sombra de la cruz, sino miserias de ninguna importancia, fantasmas que se disipan al momento de formarse, sueños que ceden á un horrible despertar?

Cierto que es buen punto de vista el Gólgota para abrazar de una ojeada la ancha tierra.

Cuando vemos á estos hombres, que rigiendo el timón de los Estados, dirigen torvas miradas á la Iglesia de Jesucristo; cuando observamos los poderosos recursos con que cuentan, y el ingenio que tienen á su disposición; nos parecen hombres de la talla de los héroes, nos infunden espanto sus proyectos satánicos, miramos con abatimiento su odio reconcentrado, y casi nos anonadamos ante su presencia. Subamos á la cima del Calvario: ¿qué son sus ejércitos, su poder, su influencia, su talento ante la dulce y tranquila mirada de Jesús que á todos los domina, que á todos los excusa, que por todos ruega, que por todos tiembla, porque pelagra su salvación?

Todo pasa en torno nuestro, todo pasa... La sinagoga y su obcecación, los Césares y su orgullo, los herejes y sus intrigas, la inmoralidad y sus devaneos, las revoluciones y su furor ¿dónde están? ¿qué se hicieron? Todo pasa, después de haber durado un instante: todo pasa... y el Calvario queda en pie. Allí está el Salvador derramando los tesoros de su sangre sobre todas las generaciones: éstas los dilapidan, aquéllas los rechazan, unas pasan por sus faldas con una indiferencia que hiela, otras crispados los cabellos, inflamados los ojos, blasfemando su lengua intentan subir al monte y arrancar furiosos la cruz que las protege con su sombra.

Trabajo inútil, juego de niños que inspira compasión, locura de hombres que hace asomar la sonrisa en los labios, proyectos vanos de un sér que nace hoy para morir mañana.

Cierto que es buen punto de vista el Gólgota para abrazar de una ojeada la ancha tierra.

Y los pesares y los goces, la fortuna próspera y la adversa, las enfermedades y la salud, la riqueza y la miseria, los insultos y los honores... todo es igual ante el hombre cristiano, todo aparece ante sus ojos como figura vana, espectáculo teatral, sin resultados verdaderamente grandes para el presente ó el porvenir.

Lástima me dan los hombres que todo lo miran desde el fondo de este valle de amargura, sin le-

vantar jamás los ojos al cielo. Viven agitados, pesarosos, sombríos, esclavos de las ilusiones de su mente.

Envidia tengo á los que todo lo miran desde la importante altura de la Religión. Fija su mirada en el cielo, su pensamiento en Dios, su esperanza en el porvenir de la eternidad, miran con indiferencia santa lo de acá, compadeciéndose sólo y doliéndose por los ilusos que no conocen su infortunio.

Por esto siempre me ha parecido un excelente punto de vista el Gólgota, para abrazar de una ojeada la ancha tierra.

EL AMIGO DEL PUEBLO.



LA CORONA DE ESPINAS

Chateaubriand observa que según la tradición de los cristianos de Jerusalén, la corona de espinas se formó con ramas del «*Lycinum spinosum*,» en tanto que otro erudito botánico cree que fué hecha del «*nabba*» de los árabes. Monseñor Mislin opina que se compondría de una especie de espino cervical de flexibles y espinosas ramas, único arbusto espinoso que vegeta en las inmediaciones de Jerusalén. Se juzga tanto más razonable esta opinión cuánto que junto al muro del Pretorio hay aun ahora algún pequeño espino de esta especie que brota espontáneo en el suelo. Semejante corona ciñó y penetró la sagrada Cabeza de Jesús, al par que nuestros pecados le formaban otra corona más punzante que penetraba su divino Corazón.



JACULATORIAS

Dulcísimo Jesús, no sé en lo que piensan los que no te aman; pero los que no te aman no es posible que piensen.

Los principes de la tierra, mi Dios; dan riquezas temporales á quien los sirve; pero tú sólo te das á tí.

Cristo mío, generalmente desean los hombres vivir; pero sólo aciertan los que os buscan á Vos, que soís vida eterna.

Dios mío, un hombre lloraba porque se le murió un príncipe, y otro le dijo que sirviese al Señor que no se le podía morir.

Cristo mío, artes me dan para aprender á servirte; pero ninguno me enseña tanto como mirar-te en la Cruz.

Gran riqueza eres, bondad infinita; pues desde que tengo á tí, no tengo otro deseo.

Mi Dios, antes de amarte pensaba yo en pretenciones del mundo; y ahora ni aún me acuerdo si estoy en él.

LOPE DE VEGA.

LA RAZA DEICIDA

El pueblo judío ha sido disperso hasta las extremidades de la tierra; lleva por todas partes, con la fe en el Mediador y en las escrituras, que anuncian su venida, todos los caracteres de un castigo sobrenatural y de un memorable infortunio; pueblo incrédulo que atestigua la creencia del Universo; más numeroso, hoy que en los tiempos de su existencia política, sigue levantado en medio de las naciones, parece un culpable condenado para escarmiento de todos á la pública expectación. Mezclado con todos los pueblos con ninguno se confunde, cuando el tiempo trae insensiblemente la uniformidad de costumbres y hábitos, él permanece solo; siempre extranjero en todo país, siempre sellado con el carácter moral y aún físico que su religión y desventura le han dado. Parece viajero que viene de países remotos; ceñidos los riñones y en actitud de marcha como en tiempo de la Pascua; pasa, atraviesa los siglos y los imperios, sin poder fijarse en época ni en lugar alguno; la estimación propia moral del hombre, y la tierra su propiedad material le está negada; nación sin territorio, tribu sin jefe, sociedad sin poder, su religión es su desgracia y él la observa; su error constituye su crimen y él lo sigue: ha dado muerte á su Libertador y, sin embargo, lo espera.



Pensamientos notables

Quando te sientas impulsado á despreciar á alguno, considera el precio de su redención y pesa en una misma balanza el precio del mundo entero con la muerte de Jesús.

SAN AGUSTÍN.

Quiso ser escupido para lavarnos, cubierto de ignominia para apartar de nuestros corazones el velo de la culpa y de la ignominia; golpeado en la cabeza para devolver la salud á nuestra cabeza, es decir, á Adán; ser herido con bofetadas y mofado con sarcasmo para que nosotros con los labios y las manos, esto es, con palabras y obras le aplaudamos.

SAN ISIDORO.

Magnífica misericordia fué que el Señor del mundo tomase forma de siervo, que el pan padeciese hambre y la fuente sed, que la luz se oscureciese, la fuerza se debilitase y la vida muriese; que el Redentor fuese vendido para que el hombre vendido fuese comprado por la preciosa sangre del Eterno.

CASIODORO.

¡Oh mi buen Jesús! ¿Qué es eso? Hemos debido morir y eres Tú quien mueres! Nosotros pecamos y ¡Tú pagas! ¡Acción sin ejemplo! ¡Gracia no merecida! ¡Caridad sin límites!

Sé que mis méritos no son suficientes, pero lo que me falta lo tomo sin vacilar de las entrañas de Cristo, que manan misericordia sin que falte

agujeros por donde brotar. Pues el secreto de su corazón se ve al través de su cuerpo.

SAN BERNARDO.

Judea, pueblo que Dios había plantado, y cultivado los profetas, estaba en verdad desierta, vacía de justicia, llena de pecados; pues ningún fruto produjo, sino agudísimas espinas con que coronar la cabeza de su Señor.

SAN JUAN CRISÓSTOMO.

La Cruz de Cristo es llave del Paraíso, báculo de los enfermos, vara de los pastores, guía de los que se convierten, perfección de los que adelantan. Es salud del alma y del cuerpo, ausencia de todos los males y dadora de todos los bienes.

SAN JUAN DAMASCENO.

La muerte y pasión de Nuestro Señor, es el motivo más fuerte que puede animar nuestros corazones.

El Calvario es el monte de los amantes. Cualquier amor que no tiene su origen en la Pasión del Salvador, es frágil y peligroso.

SAN FRANCISCO DE SALES.

Dios murió por todos los hombres sin distinción; y el griego y el bárbaro, y el señor y el esclavo, y el judío y el gentil, todos fueron redimidos, todos emancipados sobre la Cruz.

Cada hombre sin excepción en el mero hecho de ser hombre rescatado por un Dios, y descendiente de Jesucristo, en una palabra, sólo por ser cristiano, tiene en la Cruz un título de nobleza que borra todos los demás, y que, inspirándole sentimientos de la más alta dignidad, no puede convertirse en causa ni origen de ninguna clase de orgullo y de ninguna especie de tiranía, porque va inseparablemente unido al título de su degradación original, y porque es común á todos.

AUGUSTO NICOLÁS.



ANECDOTA

Predicando un día el cardenal de Chevreus en un auditorio de protestantes, sobre la adoración de la Cruz, hizo la siguiente comparación, que dejó pasmado á su auditorio:

—«Supongamos, les decía, hay un hombre tan generoso, que viendo á uno de vosotros expuesto á sucumbir en manos de su enemigo, se arroja entre él y el asesino, y le salva la vida con su muerte. Un pintor, conmovido por semejante rasgo de heroísmo, hace el retrato de aquel hombre tan generoso, y lo presenta al salvado cubierto de llagas y bañado en sangre. ¿Qué hará entonces? Lo abrazará con amor y reconocimiento, lo besará, lo regará con lágrimas, y su corazón experimentará las más violentas impresiones. Hermanos míos, este es el dogma católico de la Cruz; sobre él no debe el entendimiento discutir; sólo el corazón puede sentir todo lo que es capaz de inspirarle la imagen de su Dios, muerto por salvarle la vida.»

A estas palabras—añade el historiador—todo el auditorio se conmueve, el predicador toma el crucifijo, y los protestantes, olvidando sus áridas doctrinas, se acercan con lágrimas y compunción á besar la Cruz del Salvador.